

VaRiA

Una nueva visión de Zapata

En nuestro medio historiográfico donde la historia como crónica, memoria o autobiografía ha sido sustituida por una historia como "interpretación" sin que se llegue a precisar en qué consiste interpretar, John Womack, con su reciente revisión de la figura de Zapata (Cfr. *Zapata y la Revolución Mexicana*, siglo XXI, Editores S. A. México, 1969), propone un método plausible para clarificar nuestras más controvertidas figuras. En el prefacio de su obra advierte: "No trato de elucidar aquí abstractas cuestiones de clase. Esta obra es un estudio de historia social y no de sociología histórica. Y es un relato, y no un análisis, porque *la verdad* de la revolución de Morelos está en algo que yo no podría dar a entender con sólo definir sus *factores*, sino que la única manera de lograrlo es haciendo una detallada narración. El análisis que pude hacer y que consideré pertinente traté de entretejerlo con el relato de manera que aparezca en el momento conveniente para comprenderlo" (página XII).

Un análisis, pues, o interpretación, que consista en definir los factores del zapatismo, sólo puede hacerse a partir de una narración detallada, año con año, como lo hace Womack con la gesta zapatista, o Deutscher con la vida política de Trotzki. La conclusión la enuncia Womack en la primera línea de su prefacio: es la historia de unos campesinos que no querían cambiar y por eso mismo hicieron una revolu-

ción. A ello habría que añadir algo que se desprende de la lectura misma del libro, que no tuvieron esos campesinos más remedio que cambiar en virtud de una transformación nacional no deseada ni comprendida por ellos. El propio Zapata queda incluido dentro de esta conclusión por su identificación con los pueblos que defendía. Era, dice el autor, "un hombre obsesionado por su autenticidad, que no era capaz de fallar en el cumplimiento de una promesa, aunque le fuese la vida en ello. Pero el valor de una clase puede encubrir otra clase de cobardía; y Zapata tenía miedo, no para sí, sino de sí mismo, de traicionar sin querer la confianza que sus iguales y su gente había puesto en él" (página 201). Esa autenticidad le obliga a convertirse en resonador de las virtudes y miserias de la Revolución del Sur. Le obliga a ser hondamente localista, al grado de que resulta incapaz de coordinar sus movimientos con los de la revolución nacional. A ser extraordinariamente desconfiado, tanto del resultado involuntario de sus acciones, como en su trato con "catrines" y norteños que visten de caquí, sombrero texano y botas. A este respecto Womack logra una extraordinaria descripción de la visita, en 1914, de Antonio I. Villarreal y Luis Cabrera, ambos agraristas del carrancismo, a Cuernavaca, ocupada por zapatistas, con objeto de ver la posibilidad de un entendimiento de los dos agrarismos y de sus fuerzas políticas. Aunque de acuerdo en iniciar negociaciones Zapata se esconde en Tlatizapán

y deja el asunto o sus secretarios algunos de ellos muy ineptos para la negociación. Villarreal y Cabrera se quedan perplejos ante ese mundo campesino tan exaltado por su propia ideología pero tan desconocido en la práctica. En otra ocasión los zapatistas linchan en Amecameca a una pareja de catrines, porque él va con bombín y ella con sombrero de plumas. Disparan contra los carros de bomberos en la ciudad de México porque creen que se trata de artillería, etcétera.

Por otra parte este localismo hace posible que el zapatismo sea el único movimiento "populista" de la Revolución con metas precisas, fundamentalmente el de la devolución de las tierras de los pueblos enajenadas por las haciendas; que sea un movimiento arraigado a la tierra y no vagabundo como el populismo villista; y que sea civilista, pues, para los hombres que habían peleado en el zapatismo, y para las mujeres que los habían acompañado, "el ser 'pueblo' tenía más importancia que el ser 'ejército'" (página 220). Tomando aquí la palabra pueblo en su acepción económico-jurídica, como una comunidad definida legalmente con sus propiedades también debidamente legalizadas.

Estas contradicciones las muestra con mucha agudeza Womack en el meollo mismo de la cuestión agraria. En los años de 1914 y 15, cuando el zapatismo pone en práctica la restitución de las tierras, ésta se hace, según declaración de Palafox, secretario de Zapata, "de conformidad con las costumbres y usos de cada pueblo... es decir, que si determinado pueblo pretende el sistema comunal así se llevará a cabo, y si otro pueblo desea el fraccionamiento de la tierra para reconocer su pequeña propiedad, así se hará" (página 224). El reparto y la restitución eran, pues, procesos en los que funcionaba una estricta democracia, una estricta autonomía popular y municipal. El resultado reveló el carácter profundamente conservador de esos pueblos; se rechazó por completo el cul-

tivo de la caña cuyos productos habían logrado insertar los hacendados en el mercado nacional e internacional creándose una riqueza que ya comenzaba a ser fabulosa, y la fértil tierra se utilizó para plantar los acostumbrados frijoles, garbanzos, maíz, tomates, cebollas, chiles, etcétera. Esto, desde luego, mejoró notablemente su dieta, pero no se alcanzó ni se intentó siquiera obtener un alto nivel productivo. "Con tan claros relieves se dibujó el carácter del Morelos revolucionario: en los cultivos mismos a que quería dedicarse la gente se reveló la clase de comunidad en que deseaban vivir. No les gustaba la vida de constante ajeteo, la vida de un perpetuo adquirir y lograr, de cambio, azar y constante inquietud y movimiento. En vez de esto querían una vida que pudiesen controlar, una prosperidad modesta, familiar, en compañía de otras familias medianamente prósperas, a las que conociesen, y todo en el mismo lugar" (página 237). Se reveló al propio tiempo, añadimos, la contradicción propia de las grandes revoluciones contemporáneas, la que hay entre la democracia, la felicidad y la prosperidad sin la cual, a la larga no se pueden obtener las dos primeras pero que en forma inmediata y concreta las disipan y las hacen imposibles.

El epílogo del zapatismo en cuanto tal, lo describe Womack como un proceso de incorporación a la revolución nacional llevado a cabo por Gildardo Magaña, aunque iniciado por él mismo en vida del propio Zapata. El zapatismo se incorpora al obregonismo, se oficializa y por primera vez recibe un impulso desde arriba, desde el Estado y una reformulación en virtud de los principios más amplios de la Constitución de 1917. En 1920 entra en la ciudad de México Genovevo de la O cabalgando al lado de Obregón y, como dice elocuentemente Womack, unos días más tarde Magaña y Soto y Gama "llegaron también a la capital, vestidos de negro y sombrero como correspondía a dignatarios, para que se les fotografiase cubiertos del confeti de sus amigos, mudamente sosteniendo

ramos ceremoniales en sus manos. Para estos zapatistas la penosa prueba había terminado" (página 358). Después el Estado de Morelos se

transformaría al paso de la nación y sus problemas presentarían otro aspecto muy distinto del que provocó la Revolución del Sur.

Abelardo Villegas

Arte industrial de Finlandia

Prohibido tocar

La presentación que hace el Museo Universitario de Ciencias y Arte de algunas muestras del diseño industrial finlandés, nos lleva a reflexionar sobre la presencia de este tipo de objetos en un museo de arte. Actualmente, instituciones culturales de diversos países poseen colecciones permanentes de diseño industrial. La situación del diseño resulta bastante compleja, ya que por su belleza participa del museo, mientras que por su utilidad práctico-comercial, pertenece al mercado. En el primer caso adquiere una triste respetabilidad funeraria, que lo reduce al estrecho papel de ser objetos para la contemplación "pura": se prohíbe tocarlos, moverlos, no sólo se clausura su funcionalidad, sino que se niega la participación activa del espectador. En el segundo caso, el diseño se convierte en simple materia de especulación comercial, donde la belleza funcional es reducida a propaganda; para hacerlo sucumbir en la impermanencia de los objetos de moda, cuyo fin último se agota en el consumo histórico. Sin embargo, la cualidad mayor del diseño está en su capacidad de ser recreado a gran escala, por medios mecánicos (a partir de un modelo base de intención estética), lo cual permite la producción racional de objetos de alta calidad y bajo precio, difundidos ampliamente.

El museo, como "templo de la belleza", existe desde el siglo XVIII, en él, las obras "autónomas"—cuadros de caballete o esculturas de tamaño reducido— encontraban el medio adecuado para

su consagración (incluso para su promoción comercial), y para la educación del gusto de un público relativamente amplio, que de otra manera no hubiese tenido acceso a su apreciación ni la posibilidad de adquirirlas; entre otros factores, por el precio exorbitante que las obras de arte llegan a obtener. A pesar de esta apertura al público y de su labor preservadora del arte del pasado, la institución-museo ha ocasionado la desintegración de un gran número de obras de arte de la antigüedad, al mutilar secciones "importantes", para ser exhibidas como simples trasuntos de una realidad total.

Desde el siglo XIX, el museo ha adquirido un significado nuevo, el de servir como escuela de diseño o de artes decorativas; es dentro de esta función que la exposición de "Arte industrial de Finlandia" se desempeña mejor. En ella podemos observar diversos tipos de implementos industrializados: cubiertos de acero inoxidable, cristalería, vajillas de melanina, muebles caseros y de oficina, y cerámica y algunos productos manufacturados, textiles y de joyería.

Entre los objetos que llamaron nuestra atención, se encuentran las telas estampadas, con motivos que recuerdan al "pop" y al expresionismo abstracto. La cristalería empotrable de Sarpaneva y el servicio de mesa, en material plástico, de Bäckström. Los muebles del arquitecto Alvar Aalto, donde la plástica escultórica, geométrica, adquiere acentos orgánicos, tipo *art nouveau*, en las patas de abedul blanco.